

LA CREACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA, UNA SELECCIÓN INTERESADA DEL PASADO

J. Ángel Sesma Muñoz
Universidad de Zaragoza

Es posible que la creación de la memoria histórica y la confección de la historia hayan tenido en determinados momentos el simple objetivo de mantener vivo el recuerdo de las grandes personalidades y sus hazañas, pero incluso en esos casos la elección premeditada de ciertos acontecimientos y personajes para construir con ellos un pasado enlazado con el presente, las convierten en actividades que, como advierte Peter Burke¹, hace tiempo que dejaron de ser inocentes.

La selección consciente o inconsciente de los hechos memorables y la interpretación de los procesos históricos constituyen acciones emprendidas de acuerdo con unos condicionantes que superan al individuo y se integran en una memoria colectiva² gobernada por los grupos sociales emergentes para sus propios fines. El historiador es producto de su época y está condicionado por su forma-

¹ De la extensa obra de P. BURKE, remito al capítulo «La historia como memoria colectiva» de su libro *Formas de historia cultural*, Alianza Editorial, Madrid 2000, pp. 65-85.

² Además de la referencia anterior, y dentro de la enorme nómina bibliográfica, puede destacarse las recientes ediciones de E. HOBSBAWM y T.O. RANGER (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge 1983, E.H. KANTOROWICZ. *Los dos cuerpos del rey*, Alianza ed., Madrid 1985, J. FENTRE y CH. WICKHAM, *Social Memory*, Oxford 1992, F. HASKELL, *La historia y sus imágenes*, Alianza ed., Madrid 1994, G. HAWTHORN, *Mundos plausibles, mundos alternativos*, Cambridge 1995, D.R. OLSON, *El mundo sobre el papel*, Gedisa, Barcelona 1998.

ción y por la herencia cultural recibida; sus ideas sufren la influencia del grupo al que pertenece y su obra, recogiendo la memoria del pasado, está supeditada a su presente³.

Al fin y al cabo, frente a la unicidad del hecho histórico, que es irrepetible e irremediable, sólo cabe la continua apropiación y reelaboración del pasado que hace la historia a través de metáforas como perspectiva, punto de vista, etc. Cada generación tiene, por ello, el derecho y el deber de interpretar su noción de la historia, rechazando la visión precedente y aplicando su propia «perspectiva», su propia «subjetividad» y su propio «modelo», siempre salvando la incoherencia que puede producirse entre el punto de vista subjetivo y la verdad objetiva.

Los tres modelos cognoscitivos de la historia manejados desde San Agustín a Karl Marx, están basados en la adecuación, el conflicto y la multiplicidad. Bien es verdad que tras los recientes debates, el primero ha sufrido el ataque múltiple de los fundamentalistas de todo tipo; el segundo ha sido totalmente rechazado por los que hablaban del fin de la historia; y el tercero, basado en la multiplicidad, si bien está cada vez más de moda, lo está en una versión escéptica según la cual cada grupo social, formulado por el género, el origen étnico, la religión, etc., se corresponde con unos valores de los que, en último análisis, es prisionero⁴.

* * *

Antes de pasar más adelante, me parece oportuno señalar que en el período de gestación y elaboración de esta intervención en la XIII Semana de Estudios Medievales de Nájera, dedicada a *Memoria, Mito y Realidad en la Historia Medieval*, se han producido dos circunstancias que han intervenido y condicionado mi reflexión y el resultado aquí presentado. Ambas experiencias, muy diferentes entre sí y de muy distinta naturaleza, han servido, cada una a su nivel, para encaminar y dirigir los planteamientos y posturas de partida de mi análisis.

³ Pueden verse las aportaciones recientes recogidas en *L'invention de l'histoire*, vol. 38 (Printemps 2000) de *Médiévales*, de manera especial el artículo introductorio de Christopher LUCKEN y Mirielle SÉGUY, coordinadores, (pp. 5-16) y el de Olivier COLLET, «Littérature, histoire, pouvoir et mécénat: la cour de Flandre au XIII siècle», pp. 87-110.

⁴ C. GUINZBURG, «Distancia y perspectiva», en *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, ed. Península, Barcelona 2000, pp. 183-205.

1. LA POSTERGACIÓN DE LO INTELECTUAL EN BENEFICIO DE LA EMOTIVIDAD

La primera de estas experiencias, por su grado de impacto en nuestra sociedad, hace referencia a la visión del atentado a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001 y el consiguiente cúmulo de opiniones y noticias generadas a su alrededor en los meses siguientes, cuyo tratamiento nos puso ante los ojos, minuto a minuto, como espectáculo multitudinario, el dramático desarrollo del acontecimiento desencadenante e, inmediatamente después, el laborioso proceso de creación de la memoria histórica, según los cánones y normas más puros, es decir, selección de los aspectos concretos que se quieren resaltar y hacer memorables, junto a la concienzuda tarea de depuración, tratamiento y comentario a que se pueden someter esos mismos hechos, incluso las imágenes vistas en directo, para transmitirlos de manera interesada y cargados de intenciones; en definitiva, el proceso de dirigir convenientemente los sentimientos y la voluntad de los contemporáneos y orientar las futuras visiones de la historia.

Entramos, claro está, en los dominios de los medios de comunicación y del tratamiento de la información como método de construcción de la memoria histórica que, salvando las distancias tecnológicas, coincide sustancialmente con las formas tradicionales más elementales, como, por ejemplo, las comentadas recientemente por Ovidio Capitani⁵ al analizar las que se habían empleado en la Alta Edad Media respecto a la Roma clásica, y que se basaban en afirmaciones de carácter tópico, las más de las veces gratuitas, erradas, confusas y simples, apoyadas en un recuerdo que es interpretado a fin de ser transmitido a los próximos y a los venideros de una determinada manera.

Con la fuerza que tienen las imágenes reiteradamente mostradas y aprovechando la rapidez de las comunicaciones, sin dar tiempo a nuestra propia reflexión, los sucesos del 11 de septiembre y su interpretación «más correcta» han quedado incorporados a la memoria colectiva y constituyen un buen modelo de selección interesada del presente para uso del futuro, el futuro más inmediato que luego hemos tenido oportunidad de vivir, sobreponiéndose y olvidando, de forma igualmente interesada, de otra parte de los acontecimientos que quedaron anula-

⁵ «La memoria storica», en *Roma nell'alto medioevo*, XLVIII Settimana di Studio del Centro Italiano di Studi sull'alto medioevo de Spoleto, 2001, pp. 1-29.

dos, así como las opiniones y circunstancias que no se adaptasen a la versión oficial. Estamos, pues, en un sistema equilibrado establecido entre acontecimientos, recuerdo y olvido y sacrificio de la perspectiva, que subraya la distancia intelectual en beneficio de la proximidad emotiva, buscando el interés del grupo social más fuerte y poderoso.

2. NO HAY HISTORIA SIN SENTIDO

El segundo factor que me ha inducido la reflexión, ha sido la lectura de *Baudolino*⁶, obra de un autor de culto, Umberto Eco, que más allá de no constituir una buena novela, por lo menos así me lo parece, constituye una aguda reflexión sobre la historiografía y la candidez social de la historia, en la que pone patas arriba la rigurosidad de la ciencia histórica y consolida la relatividad de la narración de historia hasta en los datos más firmemente establecidos por la historiografía positivista. Pero al margen de las anécdotas que juegan y hacen malabarismos con los serios y decisivos acontecimientos del siglo XII en un intento de quitar el cartón piedra y la naftalina a las historias académicas, hay unas cuantas afirmaciones que a lo largo de la aventura salen a la superficie desde las capas más vivas del pensamiento de Eco y trascienden la peripecia existencial de Baudolino y sus amigos, ya convertidos en los protagonistas de la gran historia a pesar de partir como sujetos sin historia. Dos son los episodios que brevemente quiero destacar y comentar ahora.

Por un lado, en los comienzos de la educación del joven Baudolino, que es presentado como una nueva versión del «buen salvaje», el maestro Otón de Freising le aconseja que si alguna vez decide escribir sobre los acontecimientos vividos tendrá que inventar e imaginar, porque de lo contrario, «tu Estoria se volverá monótona», eso sí, deberá hacerlo con moderación, como él admite haberlo hecho cuando escribió su *Gesta Frederici* del gran Emperador; el historiador debe incorporar un punto de imaginación para darle a la historia la trascendencia que no siempre tienen los hechos y, por supuesto, para adaptarla o adecuarla al interés de los que la reciben. De esta manera, la reflexión que Eco expone a través de las advertencias del veterano cronista imperial, incide en el convencimiento de que el proceso de selección de acontecimientos e interpretación de la historia rebasa la

⁶ Ed. Lumen, Barcelona 2001.

intención individual del autor y debe atender a las expectativas del grupo, importando menos cómo se cuentan las cosas, que para qué se cuentan.

El otro episodio se produce más adelante, en un escenario muy diferente al anterior, en la ciudad de Bizancio incendiada tras el asalto de los Cruzados en el verano de 1204. Su protagonista es el canciller Nicetas, un bizantino de larga experiencia y vieja cultura, perfecto superviviente de cualquier situación, que en un ambiente esperpéntico, tan inexplicable como de hecho lo es para la historia tradicional la propia actuación veneciana en ese acontecimiento, reflexiona ante Baudolino y le explica que «no hay historia sin sentido» y que sólo los que saben encontrarlo son capaces de convertir la historia «en el libro de los vivos... que hace resurgir de su sepulcro a los que son polvo desde hace siglos». Hermosa descripción del quehacer de historiador que completa con un sabio consejo, pues le dice que para conseguir tender ese puente entre pasado y presente «se necesita tiempo», porque es preciso con minuciosidad y paciencia «considerar los acontecimientos, vincularlos, descubrir los nexos, incluso los menos visible», sin dejar cabos sueltos.

El penetrar en el polvo del pasado y sacar del olvido los hechos no es suficiente, hay que darles vida, es decir, sentido, y para ello hay que ponerlos en relación con el presente, con el libro de los vivos. No basta con registrar y conservar los hechos memorables dignos de recuerdo, hay que fabricar con ellos los eslabones de la cadena lógica que en último término llega hasta nosotros, visión hegeliana, tomada de San Agustín, que justifica plenamente la constante elaboración de la historia y explica su interesada utilización.

3. LA EDAD MEDIA EN LA ELABORACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA

La construcción de la memoria histórica, es decir, el muestrario de ritos, ceremonias y acontecimientos que sucesivamente se incorporan al acervo cultural colectivo para servir de andamiaje al constante tejer y destejer de la interpretación del pasado, es consecuencia de la necesidad de entender los sucesivos presentes⁷.

⁷ Como un modelo bien planteado en la larga duración, puede verse J.M^a CRUSELLES GÓMEZ, «Los Borja en Valencia. Nota sobre historiografía, historicismo y pseudohistoria», *Revista d'Historia Medieval*, 11 (2000), pp. 279-305.

Desde un punto de partida determinado, siguiendo el esquema de la recia y descarnada definición de Capitani y con una serie de ideas igualmente tópicas a la manera de burladeros, como son las de perspectiva, punto de vista, interpretación, reelaboración, adecuación y algunas otras, desde hace siglos se ha procedido a la reinvenición interesada de la historia para justificar la primacía de un grupo.

Uno de los argumentos fundamentales que orienta esa operación de selección de la memoria y confección de la historia, está ligado a la búsqueda de tradiciones culturales e históricas que permitan la construcción de las identidades nacionales. Es frecuente aludir a las últimas décadas del siglo XIX —que Hobsbawm considera como de la «invención de la tradición»— y a la formulación totalitaria de la idea de la nación-Estado como punto determinante de este proceso⁸; y resulta significativo que gran parte de las referencias incorporadas en estos casos se remonten a los siglos medievales, tanto en mitos, como en símbolos, orígenes y acontecimientos.

Es cierto que en el siglo XIX, con sus visiones románticas y sus intereses nacionalistas, se impulsó y difundió la tradición como base de la memoria histórica, y que la Edad Media, envuelta todavía en una atmósfera de oscuridad consecuencia del desconocimiento, fue la época elegida para la fácil recreación fabulosa, pudiendo convertirse, incluso, los siglos medievales en un espacio objeto de una pura invención⁹. Pero también es cierto que antes de constituir el marco de sugerencias para estas caprichosas elaboraciones decimonónicas, fácilmente se encuentran en la sociedad medieval claras y determinantes actuaciones de utilización y manipulación de su propia memoria histórica al servicio de un proyecto político y de los intereses de los grupos de poder, y que precisamente el andamiaje montado a lo largo de la Edad Media servirá, con muy pocas variantes, en los siglos siguientes.

La idea de que la cultura medieval carecía de sentido histórico ha quedado ampliamente superada. La memoria histórica recogida y elaborada en las primeras crónicas, anales, genealogías y otros textos, está concebida ya para justificar una situación que se quería mantener o provocar, y se lleva a cabo de manera

⁸ P. BURKE, *Formas de historia cultural*, cit., pp. 79-80, se apoya en E. HOBBSAWM.

⁹ La Edad Media todavía tiene una imagen falsa y romántica. Vid. J. HEERS, *La invención de la Edad Media*, ed. Crítica, Barcelona 1995.

mucho más consciente y meditada de lo que hace unos años se pensaba¹⁰. La narración de unos acontecimientos o la presentación de unos heroes, apoyadas en la mitología antigua y en los modelos clásicos conocidos, se hunde ya, como será la norma, en los tiempos «primordiales», en las oscuras tinieblas de los orígenes, de donde extrae o introduce los hechos, personajes y hazañas necesarios para su mensaje, dejando establecido un esquema que casi mil años después, más o menos ahora, todavía se ve en los trabajos más simples y dirigidos a satisfacer las demandas del poder.

4. LOS CUATRO PILARES QUE SOPORTAN LA VISIÓN CONTINUADA DE LA HISTORIA DE ARAGÓN

Si nos fijamos en Aragón, espacio histórico cuya trayectoria hasta tiempos modernos permite un recorrido de larga duración, sin que la situación actual haga excesivamente difícil o comprometido desentrañar la carga acumulada en tan largo viaje, podemos convertirlo en un observatorio privilegiado y abarable, para concretar el fenómeno analizado.

El punto de partida corresponde a la temprana época de las crónicas navarro-aragonesas, de las genealogías de Roda, de los códices rotense y albeldense, por ejemplo, de limitada creatividad pero con preciosas actuaciones como simples añadidos, apostillas o imitaciones a textos heredados, que no dejan de ser toscos pero conscientes intentos de transmitir la legitimidad de reyes, linajes y fundaciones, dejando constancia de noticias y acontecimientos para el recuerdo perdurable de las generaciones posteriores¹¹. Una segunda etapa, a partir del siglo XIII, en la que conscientemente se busca la afirmación de lo «aragonés», sin que con esto quiera aludir a un temprano sentimiento nacionalista, sino al uso del pasado, de la memoria histórica recogida y construida en la etapa anterior para definir una per-

¹⁰ Más allá de las crónicas y anales celebrando la vida y obras de los grandes personajes, es imposible no pensar en la *Constitutum Constantini*, es decir, la falsa donación de Constantino y todo su significado, tanto en el proceso de confección y aplicación, como en el de la demostración de su falsedad. Sigue siendo espléndido el comentario de G. FASSOLI, *Carlo Magno e l'Italia*, Pàtron Ed., Bolonia 1968, pp.60-72.

¹¹ Una exposición exhaustiva de la producción en Antonio UBIETO, *Historia de Aragón. Literatura medieval*, Anubar ed., Zaragoza 1991. Una ajustada síntesis valorativa y su implicación en el proceso histórico, en A.J. MARTÍN DUQUE, «Navarra y Aragón», parte III de *La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*. T. IX de *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, Espasa-Calpe, Madrid 1998, en especial pp. 239-242.

sonalidad y un talante propios, precisamente cuando producida la expansión del dominio de su monarquía, el grupo dirigente del reino de Aragón se ve obligado a defender su pretendida prioridad frente a Cataluña, Mallorca y Valencia, con los que comparte reyes y proyecto político, cuando surge la pugna de las coronas de Castilla y Aragón en el conjunto de la península y cuando en el interior del reino es necesario arbitrar un sistema de poder más compartido que el antiguo¹².

El esquema elaborado con detalle y calidad retoma en gran medida los hechos conservados en las narraciones anteriores y que consisten en las acciones heroicas emprendidas por los antepasados en defensa y reconquista de una tierra sobre la que se dice, y se podía ver todavía entonces, se construyó con esfuerzo y sacrificio de todos el reino de Aragón¹³. La comunidad de intereses surgida en los tiempos primordiales y que había propiciado tan buenos resultados, debería seguir manteniéndose para que continuara dándolos. La historia así construida se apoya, por tanto, en la recreación de unos elementos buscados y encontrados en la rememoración de un pasado épico en donde los hechos legendarios transmitidos por la memoria y la tradición oral se mezclan con los inventados y la interpretación general, pero también se alude a un pasado armónico, donde los grupos poderosos, de acuerdo entre sí, ejercían la justicia y mantenían en paz y orden a los demás.

Entre todos los acontecimientos narrados tomarán cuerpo los cuatro pilares fundamentales que definirán la memoria histórica de Aragón ya para siempre. Un mito legendario que garantiza el respaldo divino; un origen envuelto en las penumbras del pasado, pero real y posible; un orden que desde el principio de los tiempos dota de dimensión moral y articula en igualdad a todos los comprometidos en ese origen y el ejemplo de los fundadores que señala los comportamientos posteriores.

Y así se define, especialmente en el siglo XIV, la memoria histórica que constituirá hasta la actualidad la trabazón tópica de la historia aragonesa. Cuando los cristianos aragoneses se aprestaban a conquistar la ciudad de Huesca en 1096, que tras Toledo era la primera ciudad tomada a los musulmanes, junto a los infieles se alineaban tropas castellanas vendidas al oro sarraceno, pero a la hora de la batalla, montado en su caballo blanco aparecerá San Jorge que combatirá a la vez

¹² J. A. SESMA MUÑOZ, *La Corona de Aragón, una introducción crítica*, CAI, Zaragoza 2000.

¹³ Sigue siendo magnífica la síntesis de J. M^o LACARRA, *Aragón en el pasado*, publicado por primera vez en 1960 y reeditado continuamente en la Colección Austral de Espasa Calpe.

en Aragón y en Antioquía, decidiendo en ambos escenarios la suerte de las armas de los justos y dará la victoria a los buenos cristianos. A partir de este momento, San Jorge, vencedor del dragón, será el paladín de la monarquía aragonesa por oposición a Santiago que había sido y seguirá siendo el protector castellano. Sus apariciones en la toma de Mallorca, de Valencia y en cuantas grandes batallas y acciones militares emprenda la monarquía serán decisivas y su estandarte pasará a ser enseña de los ejércitos del rey, incorporando su cruz a la heráldica del reino y del conjunto de estados de la Corona¹⁴.

Nadie duda que lo más antiguo tiene mayor fuerza y tradición. El reino de Aragón se remonta a los primeros momentos tras la llegada de los musulmanes y la derrota de los godos incapaces. Refugiados en los altos valles pirenaicos los buenos y valerosos guerreros se aprestaron, inmediatamente, a la defensa y recuperación del territorio perdido. Es posible que las antiguas crónicas asturianas mostraran el proceso emprendido por don Pelayo y sus tropas; en esta parte de España, fueron los aragoneses, en conjunto, sin jerarquías y sin participación de gentes extrañas, los que emprendieron la tarea, es más, cuando vieron que la empresa empezaba a ser posible y que la ampliación del espacio y del poder a consecuencia de los triunfos podía ser un problema para la estabilidad del grupo, decidieron elegir un rey que los dirigiera, al que todos se comprometían obedecer como su señor natural.

Pero en este orden universalmente admitido se introdujo aún una garantía superior, ya que por consenso general y dado que quizá el rey elegido podría usar de su poder de forma injusta y desordenada, decidieron elegir antes un juez encargado de aplicar la ley, al que llamaron Justicia de Aragón, y le encomendaron velar por los fueros y libertades que ellos tenían y que el monarca debería jurar guardar y cumplir. Como aclararán más adelante defendiendo esta idea pactista que será la clave de la evolución posterior, antes fue la ley que el rey, y el rey lo será mientras respete los fueros, «y si no, no», lo que todavía un poco más tarde, se convertirá en el célebre «nos, que valemos tanto como vos y unidos más que vos», que se dice tuvo que oír el primer monarca de la dinastía de los Austrias, el emperador Carlos, en unas Cortes de Aragón¹⁵.

¹⁴ F.MARCO y A. CANELLAS, *San Jorge de Capadocia*, Col. «Aragón cerca», ed. Oroel, Zaragoza 1987 y F. MARCO, A. MONTANER y G. REDONDO, *El Señor San Jorge patrón de Aragón*, CAI, Zaragoza 1999.

¹⁵ La puesta al día más completa y equilibrada, a pesar de su brevedad, es L. GONZÁLEZ ANTÓN, *El Justicia de Aragón*, col. CAI 100, Zaragoza 2000.

Y frente a la dimensión superior de algunos de los primeros reyes fundadores que alcanzaban en las historias de otros reinos caracteres casi sobrenaturales, en Aragón el recuerdo de los precursores y de los fundadores, cuyos nombres y hazañas se recuerdan y confunden interesadamente por las relaciones con la monarquía navarra, superan las posibilidades humanas, pero sin perder la medida terrenal y las facciones comunes. Su llegada al trono es fruto de la providencia, si bien sus acciones son más corales, con más intervención del grupo de nobles que los arroja y los protege y, además, convenientemente interpretadas sirven para justificar la «lógica» histórica que se quiere establecer. Así, por ejemplo, cuentan la historia del niño Sancho, hijo del rey García Íñiguez de Pamplona, que un día estando preñada su madre, los moros atacaron a los reyes y los mataron, pero un noble de las montañas de Aragón, señor de la casa y solar de los Abarca, que pasó poco después por el lugar, vio que del vientre de la reina muerta salía la mano de una criatura y con su puñal lo ayudó a nacer, lo llevó consigo y lo bautizó con el nombre de Sancho García, criándolo; pasado el tiempo, cuando los nobles buscaban rey, lo vistió de pastor, le calzó unas abarcas y lo presentó a la asamblea declarando su origen, siendo aceptado por todos como rey, intitulándose desde entonces Sancho Abarca¹⁶. ¿Dinastía aragonesa o dinastía navarra en el origen de la monarquía? ¿designio divino o elección del pueblo?

Este esquema, que contiene los cuatro puntos de apoyo conceptual, se mantendrá aunque se cambien los ejemplos y las referencias en los siglos siguientes¹⁷. A San Jorge se unirá la virgen del Pilar en el panorama celestial que cobija y protege al reino; al espíritu nacido en las montañas de Jaca se añadirá el matrimonio de Petronila (con el episodio de la Campana de Huesca protagonizado por su padre) que dará lugar al nacimiento de la Corona de Aragón y, después, a comienzos del siglo XV, el sentimiento que rodea el Compromiso de Caspe en la configuración del poder monárquico y la participación del reino; al Justicia de Aragón, como magistratura defensora del orden constitucional, la acción de las Cortes y la Diputación como instituciones representativas para garantizar las libertades de los aragoneses; a los fueros iniciales las libertades y actos de Cortes aprobados por todos para aten-

¹⁶ Sobre los aspectos literarios de éste mito histórico, A. DEL RIO NOGUERAS, «Leyendas épicas en el Aragón medieval: Sancho Abarca en los orígenes del Reino», *I Curso sobre lengua y literatura en Aragón (Edad Media)*, I.F.C., Zaragoza 1991, pp. 133-158.

¹⁷ B. PALACIOS MARTÍN, «Imágenes y símbolos del poder real en la Corona de Aragón», *El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XV)*. XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón, T. I, vol. 1, Zaragoza 1996, pp. 189-229.

der a lo que a todos atañe; a los fundadores míticos que habían realizado acciones guerreras memorables en los lejanos orígenes, los grandes monarcas históricos cuyas conquistas y acciones de gobierno podían servir de modelo a las nuevas generaciones. Las líneas fundamentales de la memoria histórica que se habían formulado durante la temprana Edad Media eran ya los sólidos pilares sobre los que se podía construir la historia en los siglos bajomedievales y sucesivos.

El fruto principal de la plasmación y culminación de la memoria histórica es la llamada Crónica de San Juan de la Peña¹⁸, compuesta a mediados del siglo XIV por orden de Pedro IV quizá como introducción de su gran crónica personal, pero que recoge, glosa e interpreta las líneas maestras establecidas. No se trata de una crónica real, como había sido antes *El Llivre dels feits de Jaime I*, las de Desclot y Muntaner y lo serán luego las del propio Pedro IV¹⁹, se trata de un proyecto con voluntad de reconstruir desde los orígenes la historia de los monarcas que reinaron y los acontecimientos que vivieron junto a su pueblo; arranca de los primeros pobladores de España para centrarse rápidamente en el núcleo de resistencia al Islam surgido en el Pirineo central y en torno al monasterio de San Juan de la Peña, cuna del aragonesismo cristiano, las relaciones con los reyes de Pamplona, la creación con Ramiro I del propio reino aragonés, la expansión por conquista y la formación de la Corona de Aragón, con todas las vicisitudes en el proceso de organización de tan amplios dominios hasta 1335, muerte de Alfonso IV. Es una obra culta, escrita inicialmente en latín, pero pensada para ser conocida y difundida, por lo que inmediatamente se tradujo al aragonés y al catalán, consiguiendo su propósito pues sirvió de base a los grandes historiadores posteriores: el Príncipe de Viana, los cronistas oficiales de Aragón (Bajes, Vagad, Sículo), Jerónimo Zurita y el resto de eruditos, juristas y hombres de letras que se asomaron a la historiografía.

5. APROVECHAMIENTO POLÍTICO

Y en llegando a este punto, hay que atender a dos cuestiones. La primera, el aprovechamiento político que desde el siglo XV se hace en Aragón de la memo-

¹⁸ Carmen ORCASTEGUI GROS, *Crónica de San Juan de la Peña (versión aragonesa). Edición crítica*, I.F.C., Zaragoza 1986.

¹⁹ Los textos de todas éstas en F. SOLDEVILA, *Les quatre grans cròniques*, Biblioteca Perenne, ed. Selecta, Barcelona 1971

ria construida en la Edad Media²⁰, prolongando su análisis hasta bien entrado el XVII y, como consecuencia, el gran desarrollo historiográfico experimentado en ese mismo tiempo. La segunda, la sublimación que a mediados del XVII convirtió esa memoria histórica elaborada durante siglos, en teoría de la historia y espejo para los gobernantes del futuro.

No es casualidad que el desarrollo de la historia y de su intensificación como argumento defensivo de los grupos de poder coincida en Aragón con el proceso de deterioro de las estructuras políticas e institucionales del reino y de la Corona de Aragón, lo que en sentido absoluto se produce con la configuración de la monarquía hispánica de los Reyes Católicos, si bien el proceso comenzó algo antes, quizá con el Compromiso de Caspe y cuajó de manera muy especial con la política de Felipe II y los acontecimientos de 1591, que supusieron la invasión del reino por tropas castellanas, el ajusticiamiento del Justicia de Aragón, la derogación de una parte de los fueros tradicionales del reino²¹ y la pérdida de casi todas las referencias más celosamente conservadas durante siglos, lo que provocó una larga resaca prolongada casi todo el siglo XVII y la lucha dialéctica por restablecer, al menos sobre el papel, la memoria histórica destrozada.

No obstante, al margen de estos acontecimientos que harán nacer un espíritu «nacionalista» en defensa de lo «aragonés» por medio de la utilización de la historia, al comienzo y al final del período, surgirán en Aragón dos grandes personalidades que cultivarán la historia como manifestación cultural en estado casi puro. Me refiero a don Juan Fernández de Heredia y a Jerónimo Zurita.

El primero, que vivió a caballo de los siglos XIV y XV, es una de las figuras más brillantes de la cultura medieval; aragonés de nacimiento, perteneciente a una de las grandes familias de la nobleza del reino y personaje universal, no sólo por su intervención en las decisiones que afectaron al equilibrio mundial en su tiempo, sino porque su visión y cultura le proyectaban a un mundo sin fronteras. Consejero del rey Pedro IV y embajador de su hijo Juan I, soldado infatigable, caballero de la Orden del Hospital, castellán de Amposta, prior en Castilla y

²⁰ C. LISÓN, «Vagad o la identidad aragonesa en el siglo XV», *Revista Española de Investigación Sociológica*, 25 (1984), pp. 95-136.

²¹ La pretendida mutilación del marco foral aragonés, se incorporará a la memoria histórica y pasará a constituir un pilar en la historiografía nacionalista, y por tanto, victimista, sobre todo a raíz de los acontecimientos del siglo XVIII y la llegada de la dinastía Borbón al trono español.

Cataluña y Gran Maestre de la Orden de Rodas, desarrolló una gran actividad militar y diplomática durante su larga vida, pues recorrió el mundo conocido de Oriente a Occidente, fue hecho prisionero por los turcos, encabezó proyectos ambiciosos para la recuperación de los Santos Lugares, estuvo al lado de los papas de Aviñón, en concreto junto a su compatriota Benedicto XIII y, por encima de todo, fue un apasionado de la historia y un defensor de la que llamaba lengua aragonesa. Formó en Caspe un equipo de eruditos que además de disponer de una biblioteca especializada, emprendió un ambicioso programa de trabajo donde junto a traducciones de obras clásicas al aragonés, dirigió y financió la redacción de trabajos de altísima calidad.

Una simple enumeración de títulos de alguna de estas obras nos permite intuir la dimensión de su proyecto: *La Grant Cronica de Espanya*, *La Crónica de los Conqueridores*, con biografías de personajes famosos por sus gestas y que acaba con Jaime I el Conquistador; *Libro de los Emperadores*, traducción parcial de la obra griega *Epitome Historiarum*, la *Crónica de Morea*, *Flor de las Ystorias de Orient*, *Libro de Actoridades*, *Secreto de los Secretos*, o *guía de príncipes*; *Ystoria troyana*, la traducción de las *Vidas paralelas de Plutarco*, de los discursos de la *Historia de la Guerra del Peloponeso de Tucídides*, de la *Ystoria de Orosio* y un largo etcétera todavía no cerrado²².

Del segundo, sólo recordar que debe ser considerado el patrón de los historiadores modernos y el primero que a mitad del siglo XVI fue capaz de valorar el uso de las fuentes documentales y establecer el rigor y el método para analizar los acontecimientos y trazar el devenir histórico. Podríamos decir que cuando el bizantino Nicetas decía a Baudolino que la historia debía ser lógica y que sólo se podía hacer analizando y uniendo todos los datos y acontecimientos hasta sus últimas consecuencias, sin duda pensaba en Zurita. El enorme esfuerzo que supuso la consulta exhaustiva de miles de documentos recogidos, copiados y estudiados de los archivos, junto a la experiencia de una vida activa y el profundo conocimiento de los historiadores clásicos, dan a los trabajos de Zurita la consideración de fuente histórica. Sus *Anales de la Corona de Aragón*, su *Historia del rey don Fernando, de sus fechos y ligas de Italia*, sus *Gestas de los Reyes de Aragón*, entre otras, constituyen la base historiográfica para los historiadores modernos.

²² J.M. CACHO BLECUA, *El gran maestre Juan Fernández de Heredia*, CAI, Zaragoza 1997.

En ambos casos, nos encontramos con proyectos y trabajos que están planeados y realizados dentro del tiempo en que viven sus autores, y aunque no al margen de las circunstancias generales de la evolución política del reino, sus métodos, objetivos y resultados alcanzados van mucho más lejos que el reflejo coyuntural, algo que no consiguen un nutrido grupo de eruditos y hombres de gran cultura que en paralelo con la obra de esos dos autores desarrollaron una historia y unos comentarios históricos muy directamente involucrados en los avatares políticos de Aragón, por lo que presentan una enérgica vertiente patriótica, en defensa y celebración de las glorias pasadas, incidiendo hasta los últimos extremos en los cuatro pilares de la memoria establecida²³.

Al frente de este movimiento, como mecenas y patrocinador, se situó desde el principio la Diputación del reino, que mediante encargos y la creación del cargo de Cronista Oficial del reino, buscaba que, como dice en 1496, «se fiziese una compilación para que quedassen en memoria de los venideros los actos y conquistas que fizieron los que ganaron este regno de poder de los enemigos de nuestra santa fe catholica»²⁴. El resultado fue la sucesiva publicación de textos de carácter histórico, que van derivando progresivamente hacia una corografía y que al ritmo de los acontecimientos, de las dificultades políticas y al gusto barroco de los tiempos, la explosión de aragonésismo frente a los demás reinos hispanos se iba haciendo más radical y menos espontánea²⁵.

El argumento principal conforme avanzaba el siglo XVI y después de las alteraciones contra Felipe II, se concentró en la glorificación del ordenamiento foral y de las llamadas libertades aragonesas, rememorando la teoría pactista del poder que se remontaba a los orígenes del reino, a la fórmula de elección de la monarquía, a la prioridad del Justicia sobre el rey, a la inviolabilidad de los fueros, es decir, los elementos básicos de la memoria histórica creada durante la Edad Media. Porque es muy interesante comprobar que de los cronistas y los numerosos autores que se dedican con intensidad y profusión a escribir historia hasta

²³ Recoge la nómina de autores y obras y realiza un análisis muy oportuno Cipriano Muñoz Ostaled, conde de la Viñaza, *Los Cronistas de Aragón*, Madrid 1904 (ed. facsímil por las Cortes de Aragón, Zaragoza 1986).

²⁴ J. A. SESMA MUÑOZ, «Estado y nacionalismo en la Baja Edad Media. La formación del sentimiento nacionalista aragonés», *Aragón en la Edad Media*, VII (1987), pp. 245-273.

²⁵ No es, ni mucho menos, un fenómeno exclusivo de Aragón, sino general en Occidente. Para Castilla, R.L. KAGAN, «La corografía en la Castilla moderna. Género, Historia, Nación», *Stydia Historica. Historia Moderna*, XIII (1995).

mitad del xvii, muy pocos llegan en sus obras a la época de Carlos I, utilizando las referencias antiguas, los modelos medievales y, en definitiva, los recursos de la memoria histórica tradicional, para criticar y mostrar el rechazo a la situación que se vivía en Aragón²⁶.

La leyenda negra tejida a raíz de los tumultos de 1591²⁷ contra Felipe II fue muy violenta; desde la Corte se impulsaron encargos y ediciones de textos que propalaban mensajes antiaragoneses, criticaban la conducta de los regnícolas y narraban los sucesos de manera sesgada y con graves manipulaciones, lo que a juicio de la Diputación y las autoridades aragonesas era «muy grande ofensa» porque dudaba de la fidelidad tradicional de Aragón para con su monarquía. La insolidaridad como argumento de ataque que entonces como ahora tanto afecta a los corazones de los aragoneses, fue usada como arma arrojada por medio de textos redactados exprofeso; y entonces, como ahora, se propuso por parte de las autoridades del reino que, «por quanto muchas personas, así de reynos estraños como destos de España mal informados, han querido desacreditar a los de este reyno de Aragón, y poner notas en la innata fidelidad que siempre han tenido a sus Reyes, para beneficio de la verdad, y volver por la honra de este reyno» conviene que «algún hombre erudito o algunos escribieran una Apología en latín contra esos libros, que publicada por el mundo estuviessen siempre defendiendo la lealtad de nuestro Reyno». Propuesta alentada por la Diputación de Aragón que no se llevó a cabo, porque la presión de la Corte real era muy dura²⁸.

Había pues una censura, que se esquivaba y se superaba, gracias al recurso de la historia pasada; de esta manera, se perpetuaron los clichés establecidos por la memoria histórica como argumento justificador, sin aludir a los acontecimientos más recientes y, sobre todo, a la sublevación contra la monarquía. Hasta la segunda mitad del xvii, el cronista Andrés de Uztarroz no hizo el primer intento de historiar lo que se llamaban «sucesos» o «alteraciones», nunca sublevación o revuelta, desde Aragón y con cierto cuidado lo justificaba con estas amargas pala-

²⁶ J. GASCÓN PÉREZ, «El ideario político de los cronistas aragoneses», comunicación presentada al *XVII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, 2000.

²⁷ Un excelente análisis bien documentado en J. GASCÓN PÉREZ, *La rebelión aragonesa de 1591*, Tesis Doctoral (inérita), Universidad de Zaragoza, 2000.

²⁸ Las citas proceden del trabajo de J. GASCÓN citado.

bras: «sesenta años ha que pasaron los sucesos de 1591 y parece que se puede escribir dellos, pues ya pasó el enoxo que los ocasionó. Y al fin, señor, no dexa de afligirme mucho que tengan libertad los escritores extranjeros y españoles de escribir muchas mentiras y que yo no pueda dezir una verdad y defender mi Patria y mis historiadores, sino que se diga que se borre»²⁹.

La historia como recurso de libertad en tiempos de crisis y de oscurantismo y la historia como argumento y arma arrojadiza utilizada por el poder. Dificil situación para pedir, además, lógica, independencia, desapasionamiento y asepsia. Nunca una rebelión puede ser percibida del mismo modo por un súbdito fiel, un rebelde, un extranjero, un cortesano, etc.³⁰.

6. LA MEMORIA HISTÓRICA COMO FUNDAMENTO DE DOCTRINA

Un poco como el colofón de todo lo expuesto, hay que resaltar la utilización y manipulación que en el siglo XVII se hace de la memoria histórica como método de aprendizaje y educación, a la manera de los «espejos de príncipes» laicos, para enseñar los modos y comportamientos que deben tener los príncipes perfectos³¹.

En un discurso muy meditado y estructurado, el jesuita aragonés Baltasar Gracián plasma en su breve *El político don Fernando el Catholico*, publicado en 1640, un tratado sobre el Príncipe y la Monarquía ideales para la España de ese momento en que la política de Felipe IV y su ministro el Conde-Duque de Olivares atravesaba una profunda crisis, con la anunciada sublevación de Cataluña en puertas, la quiebra de la política europea por la guerra de los Países Bajos, las dificultades con Portugal, la ruina de las finanzas, el deterioro de la monarquía, mientras estaba latente en la memoria histórica de Aragón los sucesos de 1591 sin digerir.

Baltasar Gracián, hombre de extraordinaria cultura y muy en contacto con la política de su tiempo, escribió esta pequeña obra como un manual para el aprendi-

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ La reflexión es de Johann Martin Chladenius, tomada de C. GINZBURG, *cit. supra*, pp. 201-202.

³¹ Para todo lo que sigue remito a mi ponencia «El político Don Fernando. El discreto aragonésismo de Baltasar Gracián» presentada en el *Congreso Internacional Baltasar Gracián en sus obras*, celebrado en Zaragoza en noviembre de 2001 conmemorando el IV Centenario de su nacimiento.

zaje del nuevo príncipe de la Casa de Austria que debía renovar y sanear la monarquía hispana. Este príncipe era el joven Baltasar Carlos, primogénito de Felipe IV, cuya relación con Aragón parece patente en el hecho de que murió en Zaragoza, en 1646, con 17 años, y allí quedó depositado su corazón en el altar mayor de La Seo.

El aragonesismo de Gracián y su concepción de España, tan alejada de la centralizadora y castellanizante impuesta por los Austrias, se apoya en los siglos medievales. Su búsqueda de un príncipe nuevo que surgido de la línea familiar más española, de la “buena España” como denomina a Aragón, debe pasar por recoger y aprender la forma de gobernar avalada por la experiencia que la historia aporta. Y el modelo es, sin ningún tipo de enmascaramiento, Fernando el Católico, como muestra en el espectacular arranque del libro: «Opongo un rey a todos los passados, propongo un rey a todos los venideros, don Fernando el Catholico, aquel gran maestro del arte de reynar, el oráculo mayor de la razón de Estado», que constituye la clara y rotunda síntesis de su intención.

Para Gracián la historia es el conocimiento del pasado, que debe estar lejos del servilismo al poder establecido y más allá del mero divertimento de la narración de «hazañerías»; su fin debe ser contribuir a la estabilidad y gobernabilidad de los estados, aportando el conocimiento práctico y la experiencia que da la perspectiva histórica de la que carecen los príncipes. Lejos ya de ver el determinismo y el providencialismo divinos en todo, pone la mano del hombre, la actuación de los pocos con capacidad de influir en los acontecimientos, como ejemplo y escarmiento para los sucesores. Pero a Gracián, a pesar de todo, se le ve tomar partido en la historia y defender con ella unos principios asumidos, que están basados, como no podía ser de otra forma, en la memoria histórica de su entorno.

Con esos decorados como fondo, Gracián desliza su exposición apoyándose simultáneamente en los modelos elegidos: Fernando el Católico y el reino de Aragón. La presentación y tratamiento de ambos no es fruto de la improvisación, sino consecuencia de un programa completo en el que hay hasta una trampa, una treta que introduce el autor conscientemente, pues junto a los argumentos y acontecimientos incluidos silencia otros que aportarían dudas a los objetivos buscados. Lo callado, que como veremos es sustancioso, debe interpretarse también, como los silencios en las partituras musicales.

Inicia la exposición con el canto a los fundadores. Dioses o Héroes, mitos o leyendas, épica o historia, según donde nos situemos, o quizá todo junto pues

«hijos fueron desta divina elección suprema». Como Constantino o Carlomagno, en España encuentra a tres: don Pelayo en Asturias, don García Jiménez en Sobrarbe y don Alonso Enríquez en Portugal, separados en el tiempo y diferentes en su dimensión histórica, pero unidos por la unidad hispánica. Y aquí, nada más empezar, ya hay mensajes escondidos: se silencia Navarra, se olvida interesadamente Castilla y no existe Cataluña, introduciendo, sin embargo, Portugal, esa parte de España desgajada, perdida recientemente tras el fruto recogido por Felipe II de lo plantado por los Reyes Católicos.

El privilegiado lugar asignado a Sobrarbe como núcleo genésico de Aragón y a la mítica figura de García Jiménez, ponía en la mente de todos, sin necesidad de nombrarlos, los oscuros tiempos de los orígenes, la existencia de los fueros de Sobrarbe, la elección del Justicia y la superioridad de la ley ante el rey.

Tremenda cuña para la monarquía absoluta y centralista. Ni Castilla está en el origen, ni la monarquía es la única materia protéica que crea los principados. Y vaya carga silenciosa contra Felipe II, defendiendo sin mencionarlos, la memoria de Lanuza, el Justicia decapitado, las alteraciones de 1591 y los fueros derogados.

Y frente a eso, la alabanza a Fernando el Católico, «de la heroyca prosapia de los Reyes de Aragón», que es quien concluye el itinerario iniciado en Sobrarbe, o incluso más atrás en el tiempo, pues lo considera «el último rey godo», atrayendo para la dinastía aragonesa la continuidad del neogoticismo. Pero aquí también calla lo que no interesa a su discurso. No menciona el inicial y decisivo entronque con la monarquía pamplonesa, tampoco el enlace con la línea condal de Barcelona ni la más reciente con la dinastía Tratámara. En la genealogía de Fernando anula cualquier referencia a su castellanismo: su abuelo Fernando de Trastámara es uno de los pocos reyes de Aragón que no es mencionado para nada, como tampoco se cita la resolución de Caspe. Y es que la breve e interesada historia de la dinastía aragonesa, «fecunda madre de héroes», como resalta, es una interesada exposición de hechos y olvidos.

De los primitivos y legendarios, además de García Jiménez, solo menciona a ese Sancho Abarca que nació de madre muerta gracias al noble aragonés, sin contar la leyenda, pero comentando con ironía que «las Abarcas del aragonés don Sancho» fueron «más gloriosas que el çapato de ambar de otros Príncipes», pues mientras estos acabaron en «asquerosos muladares», las pobres abarcas constitu-

yeron «magestosos timbres», introduciendo, de paso, la necesidad de buena educación y crianza de los infantes destinados a ser reyes.

Y es que aquel difícil nacimiento y complicada niñez, la humilde llegada al trono de este fundador y la inmediata manifestación de sus excelentes dotes, se enlazan con los de Jaime I, menos legendarios y narrados en primera persona por el propio rey en su *Llivre dels feyts*. De don Jaime recoge Gracián que su padre Pedro II no lo deseó nunca ni lo consideró hijo suyo, aludiendo a la leyenda de su concepción por engaños, su entrega a Simón de Montfort y su liberación y llegada al trono, con apenas ocho años, tras la muerte paterna en la batalla de Muret defendiendo a sus vasallos los condes cátaros.

Esa niñez tremenda, agitada, en medio de la guerra, dio paso a un reinado fructífero, con el que presenta a Jaime I como un fundador, batallador y conquistador, ganando para Aragón extensos reinos. «Desta suerte —afirma— se criaron todos los célebres Monarcas, esta es la educación de los héroes», lo que le permite enlazar con don Fernando y los graves acontecimientos que marcaron su juventud, con la sublevación de Cataluña contra su padre Juan II, deslizándose sin apenas comentario sobre los hechos de su hermano mayor, Carlos de Viana, para llegar, enseguida, a su presencia en Castilla. Gracián exalta, repitiendo la palabra varias veces, que fue *Rey, Rey de Castilla*, silenciando prácticamente la intervención de Isabel, los pactos, las capitulaciones y cualquier otra circunstancia que influyera en la decisión, presentando la unión de Castilla y Aragón como una estrategia prevista para ampliar sus horizontes, pues como dice «parecieronle a Fernando estrechos sus hereditarios reinos de Aragón para sus dilatados desseos y assí anheló siempre a la grandeza y anchura de Castilla», como vía para conseguir «la Monarquía de toda España y aun a la universal de entrambos mundos».

Y es que Fernando, una vez más, es puesto por Gracián en el punto final de una monarquía que traza una trayectoria de constante crecimiento, la de Aragón, dejando, precisamente por su silencio, entrever la situación opuesta en que se desarrolló la castellana, pues frente al «mísero estado» en que estaba España cuando llegó Rodrigo, «arruinado hasta las materiales defensas, minadas las costumbres por la torpeza y desidia de Vitiza», «sólo en Aragón ... faltó esta dependencia del estado de la monarquía», porque sus reyes fueron «todos a una mano esclarecidos, desde Ramiro el primero, y aun desde García Jiménez, hasta el Católico Fernando, ninguno fue incapaz, ni delicioso, y al contrario de otras monarquías, el último fue

el mejor». Y esto no es sólo por las virtudes de los reyes, sino porque Aragón es «oficina de heroycos reyes» y sus ricosombres «espejo de su rey».

Los fundadores míticos, el gran fundador conquistador Jaime I, pero también todos los otros grandes reyes aragoneses trazaron la gran historia que converge en Fernando: «sacudieron con tanta presteza los aragoneses el vergonçoso jugo africano por el continuado valor de sus famosos reyes, que pudieron ir a ayudar a sus vezinos, y aun a acabar de echar de toda España la Morisma», versión particular de los siglos de reconquista, que en una pincelada adjudica toda la gloria militar, incluida la batalla de las Navas y el triunfo final de Granada a los reyes aragoneses.

Pero no es sólo la guerra y la defensa del territorio lo que hace grandes a los reyes, como dice «la eminencia real no está en el pelear, sino en el gobernar», y es entonces cuando traza la imagen de un Fernando de Aragón idealizado, dotado de todas las cualidades posibles: comprensivo, prudente, sagaz, penetrante, vivo, atento, sensible, sabio, católico, valeroso, magno, político, amado, justiciero, feliz, universal, comparándolo con los grandes reyes y hombres del pasado. Y por eso, tomándolo de Platón, asegura que será feliz el mundo cuando lo gobiernen los sabios, o cuando —como quiere que ocurra— comiencen a ser sabios los gobernantes. Y para ello, la historia es la que da los modelos y diseña las conductas, quedando en manos de los historiadores, precisamente, establecer las líneas maestras de la historia.